

¡VIENTO, OLAS Y TIBURONES!

Por **Kathleen D. Oemcke**

SAMUEL se dio vuelta disgustado. Esa mañana todos parecían haber enloquecido. ¿Por qué no dormían?

Entonces cayó en la cuenta. Ese era el día en que irían de picnic a la isla. Los muchachos de la escuela habían terminado de construir la canoa del director, y ese era día de picnic.

Se ató la toalla a la cintura y corrió hacia el tanque de agua. En esa cálida mañana era un placer lavarse, de modo que no se demoró.

Además, la campana que llamaba al culto estaba sonando, y no quería tener una tardanza.

El Sr. King dirigió el culto y pidió la protección especial de Dios sobre los alumnos en ese día de picnic. Inmediatamente después, todos los alumnos escucharon cuidadosamente mientras el Sr. King explicó lo que cada uno debía hacer, para que todo el trabajo terminara pronto. Algunos debían encargarse de reunir el alimento que llevarían para preparar en la isla. Otros debían encargarse de recoger cocos verdes, y otros debían llevar agua potable al embarcadero.

Samuel estaba en el grupo de los que recogerían los cocos. Para ellos no era un trabajo difícil, y mientras lo hacían, Samuel ya se imaginaba que estaba en la isla jugando, nadando o descansando.

Apilaron los cocos en un montón para que el tractor los levantara y luego salieron corriendo hacia el punto más cercano a la isla, que distaba unos ochocientos metros.

Quizás estés pensando que cruzarían en canoas. ¡Pero no! Las canoas estaban reservadas para las madres y los niños pequeños, y para llevar los alimentos. Los muchachos y las niñas irían nadando.

La Sra. King no hacía mucho que había llegado a ese lugar y, hablando con las niñas, en el dormitorio, se enteró de que a ellas les gustaría mucho que tuvieran otro picnic en la isla.

-¿Y cómo hacen con tantos que son para cruzar hasta allá?

-Nadamos -le respondieron las niñas en coro.

-¿No hay tiburones? -preguntó ella. Las niñas le aseguraron que el año anterior no habían visto ninguno, pero añadieron que no hacía mucho tiempo dos muchachos habían visto uno.

El tractor recorrió lo mejor que pudo la distancia que los separaba de la canoa del Sr. King. Los alumnos estaban jugando, gritando, y haciendo salpicar el agua.

Los que tenían nueve o diez años llevaban en la mano un pedazo de madera que hacía las veces de flotador y, gradualmente, todos se fueron internando cada vez más hondo en el agua de la bahía, hasta que les llegó a la cintura.

A Samuel le hubiera gustado ir adelante, pero sabía que debía quedar para ayudar al Sr. King a cargar las cosas. Cuando terminó, salió rumbo a la isla.

Como la marea recién había empezado a subir, pudieron caminar en el agua hasta llegar a una islita



cubierta con mangles. Ahora les tocaba la parte difícil. Entre esa isleta y la playa de arena brillante de la isla grande donde tendrían el picnic, los separaba agua profunda y una corriente fuerte. Y podría haber tiburones.

-Salgo, -dijo Ledi y tras él salieron los demás. Al principio reían y jugaban, pero pronto tuvieron que dedicarse a nadar. Sus cuerpos brillaban bajo el sol caliente que los urgía a seguir. Los alumnos mayores nadaban al lado de los menores y Samuel se alegró de que Ledi fuera con él, aunque no tan cerca como para poder conversar.

Samuel se estaba cansando, pero pensó que no le faltaría mucha distancia que recorrer. Acababa de acordarse de los tiburones cuando algo le tocó el pie. Casi gritó. Su corazón latía con tanta fuerza que pensó que se le iba a reventar el pecho. Pero en eso se dio cuenta de que lo que había tocado no era un tiburón, sino las rocas que sobresalían en la orilla de la isla.

Pronto había muchachos y chicas acostados en el agua playa, en la arena, en cualquier parte donde pudieran descansar.

¡Pero eso no duró mucho! Uno de ellos le tiró a otro un alga marina, y todos comenzaron a jugar con las algas con tanta energía como si hubieran hecho la travesía en un bote.

Cuando llegó el alimento en la canoa principal, todos ofrecieron voluntariamente su ayuda. Algunos ayudaron a la Sra. King a hacer fogatas, otros pelaron batatas y bananas verdes. (No hay nada más delicioso que batatas cocinadas en crema de coco). Y pronto se prepararon dos grandes fuentes de coco rallado.

Cuando Samuel y sus compañeros volvieron después de jugar un rato, el aroma de la comida les hacía muy difícil esperar la hora de comer.

Después del almuerzo jugaron y correataron. ¡Y cómo gozaron esos momentos! Por fin se sentaron a descansar perezosamente para comer el postre: caramelos de fruta.

Antes de que se dieran cuenta, el Sr. King llamó:

-Es hora de volver a casa.

Algunos de los muchachos llevaron hasta el bote las ollas y las demás cosas que habían traído. Uno de los que volvían de la orilla gritó:

-¡Acabo de ver un tiburón que saltó en el agua!

Sesenta rostros se levantaron. Sesenta estómagos experimentaron una sensación extraña, y sesenta pares de ojos se volvieron hacia la bahía.

Los niños habían estado jugando en un bosquecillo resguardado y nadie notó que el mar tranquilo de la mañana había desaparecido. El viento agitaba la marea formando grandes olas coronadas de espuma. El sol estaba oculto por nubes grises y una neblina baja y en la distancia caía una lluvia fina. El Sr. King ya se había ido con su primera carga y la Sra. King observaba ansiosamente la pequeña embarcación que subía y bajaba con el movimiento de las olas. Mirando hacia el lugar donde el sol brillaba pálidamente a través de las nubes, se preguntaba qué iría a ocurrir. Una vez que se hiciera de noche, no se harían más viajes. Samuel la observaba, preocupado. De pronto la Sra. King habló.

-Uds. chicas pueden esperar, si quieren, hasta que el Sr. King vuelva para cruzarlas. Pero, eso llevará bastante tiempo.

Las niñas miraron la canoa, luego el agua, y finalmente a los muchachos. Aunque la travesía no era fácil, nadie ponía en duda su habilidad como nadadores. ¡Pero todos pensaban en el tiburón! Hablaron bastante y miraron bastante, y entonces los muchachos salieron en busca de palos para hacer

flotadores.

Y volvieron trayendo palos largos que habían sido blanqueados por muchos días de sol. Las niñas no necesitaron decirle a la Sra. King que habían decidido nadar; ella ya se lo había imaginado. Cuando se lo dijeron, les advirtió que comenzaran la travesía del lado de la isla que quedaba bien arriba, calculando que la corriente tendería a arrastrarlos hacia la bahía. Les recordó la oración que habían tenido en el culto matutino en la cual se pidió la protección de los ángeles guardianes, y finalmente añadió:

-La verdad es que nunca he oído que un tiburón salte fuera del agua.

Al oírla los alumnos se rieron, porque recordaron que generalmente son los delfines y los peces voladores los que saltan fuera del agua, y no los tiburones.

Si bien es cierto que no reinaba el mismo entusiasmo de la mañana, tanto los muchachos como las niñas hablaban y reían al acercarse a la bahía. Pero cada uno era consciente de que la travesía no sería fácil.

Esa mañana, cuando hicieron la travesía, emplearon la isleta como un lugar de descanso. Pero ahora tenían que empezar en un punto que quedaba más alejado del punto de llegada, y cruzar diagonalmente. Y pasarían lejos de la isleta. Tenían que nadar toda la distancia de un tirón.

A medida que se fueron internando en el agua se reunieron en torno a los troncos en grupos de ocho o diez. Samuel formaba parte del último grupo. Ese grupo había esperado hasta ver que todos tuvieran lugar.

Al salir, trataron de conservar su energía y sólo movían un poco las piernas, dando de vez en cuando una patada para avanzar. La corriente les arrastraba las piernas, y alguien sugirió que comenzaran a nadar. Avanzaban muy lentamente. Ni siquiera podían verse los grupos entre sí.

¿Sería que iban en la debida dirección? Sí. La isla quedaba atrás, el sol adelante, y la tierra firme, a su derecha, pero la marea trataba de arrastrarlos hacia el mar abierto.

Desde la isla la Sra. King y los niños menores observaban ansiosamente su progreso. Ella vigilaba, oraba, y vigilaba. Especialmente observaba el último grupo, porque alguien había quedado atrás.

Samuel sabía muy bien quién era ese alguien. Sintiéndose cansado soltó el tronco para descansar, sólo un instante... pero cuando quiso tomarlo de nuevo, no lo alcanzó. Llamó a sus compañeros, quienes lo incitaron a apresurarse, pero no le fue posible alcanzarlos y fue quedando atrás.

Sus compañeros no pudieron hacer nada. No podían retroceder contra la corriente. Tenían que seguir con ella. Samuel se tranquilizó pensando que podría salvar la distancia, pero no le resultaba muy divertido nadar solo. ¡Ahora sí que podría convertirse en una buena presa para el tiburón!

El grupo se alejaba cada vez más y él comenzaba a cansarse; y las fuerzas no le daban para apresurarse más.

Sentía que los brazos le pesaban y que el trabajo de sus piernas era casi inútil. Se acostó de espaldas en el agua y comenzó a flotar. Respiraba evitando que las olas le llenaran la boca de agua salada. Estaba tan cansado que ni se acordó del tiburón.

De pronto oyó que lo llamaban, y volvió a ponerse de pecho. Y esa posición le proporcionó renovadas energías. Si el tiburón lo perseguía, sería mejor que él se moviera; y se movió, volviendo apenas la cabeza para respirar.

Entonces se le ocurrió algo. Esa gente que gritaba tan descansadamente no podía estar nadando. Al fin y al cabo, él había quedado último. De modo que se paró en el agua y miró a su alrededor. Allí, a sólo pocos metros de distancia estaban todos sus compañeros, sanos y salvos.

¿Sería que se reían de él? Así era. Porque él, por miedo al "tiburón" nadó con tal entusiasmo que pasó de largo.

Esa noche cuando la Sra. King recorrió los dormitorios averiguó si todos estaban bien.

-¡Oh, sí! -respondieron-. ¡Estamos muy bien!

-¿Fue un tirón muy difícil? -les preguntó.

-No demasiado. Sólo un poquito largo -respondió Samuel, y todos se rieron.

Cuando la Sra. King se dirigió por fin a su casa para descansar pensó: ¿En qué otra parte del mundo encontraríamos una escuela semejante... una escuela donde los niños nadan ida y vuelta una distancia de ochocientos metros en aguas profundas, para asistir a un picnic, y luego se rían ante la idea de que pudieron haber encontrado tiburones? Y ese pensamiento la llenó de admiración. Estos papúes son realmente maravillosos.